

Rosario Hurtado Fernández

DNI 24.288.100-P

Formación de Base II, CEPER Albayzín

Hoy me ha preguntado mi profesora que qué siento al venir a las clases de mayores y se lo voy a contestar con esta redacción:

"Mucha alegría, ganas de aprender todo lo que pueda, de estar con mis compañeros".

He sido una persona que cuando era niña no me dieron ninguna oportunidad para estudiar y todas las cualidades que yo tenía para el estudio mis padres las veían como un defecto ya que mis hermanos mayores, al no estudiar porque no les gustaba, decían que yo no iba a ser la señorita de la familia. Faltaba algunas veces al colegio porque tenía que trabajar en el campo o bordando mantillas de tul y como mi madre no quería que la profesora se enterara de que yo trabajaba, cuando ella me preguntaba yo no contestaba nada y entonces me ponía en los últimos pupitres donde estaban los más flojos o menos inteligentes y eso me hacía mucho sufrir. Cuando volvía a estar en los primeros bancos, a base de estudiar a escondidas mientras bordaba, volvía a faltar y otra vez a la última hasta que mi profesora se dio cuenta y nunca más volvió a regañarme aunque me volvía a poner en la última fila para dar ejemplo a los demás porque no podía decir mis motivos por lo que yo faltaba. Al obtener el Certificado de Estudios Primarios me sacaron del colegio aunque mi profesora D^a Paquita luchó lo increíble para que yo siguiera estudiando en Granada incluso llegó a ofrecer su casa por si quería pernoctar en ella, pero mi madre no quiso. Cuando mis hermanos pequeños volvían del colegio yo les cogía sus libros y estudiaba a escondidas; todavía me acuerdo de un libro que me impactó mucho, era de fábulas y se llamaba "Lecturas de Oro", yo no sé cuántas veces lo leí.

Una de cada cinco personas no puede leer este texto

A mí me gusta mucho leer, mis hijas me dicen que conmigo no tienen problemas cuando me quieren regalar algo, ellas saben que lo que más me gusta: un libro, por eso no tengo casi faltas de ortografía y cuando hablo con ellas, me suelen decir que conmigo se puede hablar de todo y que están orgullosas de su madre porque aunque no haya podido estudiar he aprovechado las pocas oportunidades que me ha dado la vida. Ellas siempre me animan a que estudie ahora que es lo que más me gusta y eso es lo que estoy haciendo por eso si falta alguna tarde tiene que ser por motivos muy importantes ya que las clases que nos da Lola, mi profesora, son tan amenas e interesantes que siempre me gustaría estar escuchándola y aprendiendo cosas de ella. Por eso me gusta tanto el colegio de mayores porque me da la oportunidad de aprender muchas cosas y por los buenos momentos que pasó con mis compañeros.

Mariano García Fernández

DNI 23.597.193-K

Formación de Base II, CEPER Albayzín

Me llamo Mariano García, nací en Granada en el año 1942, estuve en varios colegios de mi ciudad: el primero fue el de las Damas Apostólicas, a una edad muy temprana, y permanecí hasta los nueve años en los que no tienes nada en qué pensar más que en jugar; hasta que vas aprendiendo algunas cosas y obligaciones, por ejemplo el ir a misa todos los festivos, y el que no iba , a las pocas faltas, le decían que lo echaban del colegio o que no iría de vacaciones con el colegio a Dúrcal durante un mes en el verano.... yo si fui una vez, pero me tuve que volver antes de tiempo por la muerte de un hermano.

**La
Gran
Lectura**



Una de cada cinco personas no puede leer este texto

En el segundo colegio que estuve fue en la Casa de Eugenia de Montijo, cuando el edificio de la calle de Gracia era antiguo y no estaba restaurado. Allí era feliz y aprendí más que ningún otro. El maestro, estupendo enseñando y el cariño que nos tenía a todos los alumnos, insuperable; la pega fue cuando terminó el curso, ya que lo primero que dijo es que el curso siguiente valía el doble que el que había cursado y mis padres me dijeron que no podían pagarlo.

El tercer colegio y último fue el del Seminario Menor. Allí se me quitaron las ganas de seguir estudiando. El maestro no congeniaba conmigo y estaba loco por dejarlo y ponerme a trabajar.

Cuando dejé de trabajar empecé a dedicar el tiempo a aprender todo lo que pude por eso es por lo que empecé a frecuentar el Colegio de la Inmaculada del Triunfo, donde me siento muy a gusto tanto con los alumnos como con los profesores: son todos gente estupenda.

Concepción Martín

Formación de Base II, CEPER Albayzín

Mis padres son de la Alpujarra y como tantos andaluces emigraron a Barcelona con un bebé de 15 meses a un pueblo que se llamaba Blondas, donde nací. A la edad de dos años nos fuimos a Badalona, eran años en los que la familia del Sur solía visitarnos, pasaban por casa y unos se quedaban un mes, otros dos...hasta que encontraban trabajo y alojamiento.

Una de cada cinco personas no puede leer este texto

Se supone que mi infancia fue feliz, aunque en realidad no fue así: el único trauma que no he podido superar es el no haber ido al colegio toda la etapa que un niño debía ir. En mi colegio la actividad favorita del profesor era pegar, se llamaba Don Jesús y el colegio El Salvador.

Al siguiente que acudí se llamaba Academia Alber, en este la modalidad de castigo era llevarnos a una clase diferente para ridiculizarnos ante el alumnado y ser objeto de risa, o golpearnos los dedos de la mano con una regla, pero aún así hubiera seguido yendo.

No recuerdo cuánto tiempo fui, pero sí que con nueve años mis padres me pusieron a trabajar en una tienda de comestibles.

Junto con mi madre, día si día no, a las cinco de la mañana nos desplazábamos al Borne a comprar suministros para la tienda, de modo que el colegio, se acabó, eso decidieron mis padres.

A pesar de todo, seguía con la ilusión de volver aunque esa ilusión nunca se cumplió: mis padres lo tenían claro, con nueve, diez, once,...años debía seguir trabajando.

Mi siguiente trabajo fue en una sastrería, ¡qué mal lo pasaba al ver entrar en el colegio de enfrente a los niños entrando a clase mientras yo fregaba la entrada del establecimiento.

Antes de marcharse mi padre a Suiza le comenté que quería contratar clases particulares, ante lo cual no obtuve respuesta ni positiva ni negativa. Mi madre, estaba orgullosa de mí por ser una buena trabajadora, para ella eso era muy importante, pero no para mí, por ello ahora intento recuperar el tiempo perdido. Venir a clase de adultos es muy importante para mí pues cuanto más aprendo más me doy cuenta de lo poco que sé.

Matilde Muñoz Romero

Formación de Base II, CEPER Albayzín

Los recuerdos de mi infancia eran un poco turbios debido a la época que me tocó vivir, fue un poco difícil. Con 7 añitos me internaron en un colegio de monjas de la Caridad, allí trascurrió toda mi infancia, el comienzo fue muy duro, durísimo, porque lloraba bastante y echaba de menos a mis padres. Transcurrido el período de adaptación que duró más o menos un año, el cual conseguí superarlo con la ayuda de mis compañeros y de las monjas las cuales me querían muchísimo comencé a aprender todo lo que sé: leer, escribir, hacer labores como punto de cruz, bordar mantelerías, sábanas... Solíamos hacer excursiones y eso nos hacía sentir a las niñas mucha alegría, pero en aquella época, lo que más deseaba era que llegase el día de la visita para poder hablar y ver a mis padres, claro, los dos juntos no, porque estaban separados, un domingo a uno y otro domingo al otro. Ambos solían hacerme muchos regalos como dulces, chocolates... me ponía muy contenta, aunque,... no estaban juntos y eso me hacía sufrir. Estuve interna hasta los 18 años y tras salir del colegio empecé a trabajar bordando en un taller donde conocí a un compañera importante en mi vida, esta etapa duró entre seis u ocho años.

Tras enviudar, un día quedé con Margarita, pues mi vida era una rutina y aburrimiento, ella me aconsejó que comenzase a venir a las clases de adultos y que hablara con el profesor Pepe. Me matriculé y he acudido hasta el día de hoy.

Una de cada cinco personas no puede leer este texto

Juana Sánchez González

Formación de Base II, CEPER Albayzím

D.N.I. 23.600.297-C

¡Hola, me llamo Juana y nací en el año 1939, quiere decir que tengo sesenta y nueve años.

De pequeña no pude ir a la escuela ya que mi madre tuvo dos mellizos y yo tenía que cuidarlos al caer ella enferma: con seis años yo les daba el biberón y mi padre solía decirle a ella que me mandara a la escuela porque el día de mañana "la niña" iba a ser una analfabeta y a la larga eso le iba a pesar.

Cuando pasaba por delante de la escuela y sentía cantar la tabla de multiplicar me ponía a escuchar y decían: "Una por una es una. Una por dos, dos,..." ¡Qué envidia me daba!

A la edad de cincuenta y seis años comencé a ir a la Escuela de Adultos ya que lo que más deseaba era aprender a leer y escribir para no tener que preguntar qué valía un kilo de azúcar, o de patatas,... Estoy por ello muy contenta, aunque me ha costado muchas horas juntar la "t" con la "a" para que ponga la "ta". En esos momentos mi hijo solía levantarme de la mesa (a las dos de la mañana) porque decía que se me iba a ir la cabeza.

Escribiría más cosas parecidas, pero me traen malos recuerdos y lo más importante es que leo un libro, y otro, y otro, y el pasado, pasado está.